

Kathryn Bigelow, lectora de Mark Boal

Por Antolín Ruíz



Cuando Luisa, su peluquera de confianza, le corta el pelo al escritor Hugo Savino, desgrana con extraordinaria pasión el último libro *betseller* del momento. Creo que Luisa se ha ganado dicha confianza por el tipo de lectora que demuestra ser en cada corte de pelo y no tanto por sus habilidades estilísticas. Además de la relación mercantil, sólo comparten la pasión por

la escritura. El oficio de traductor y escritor de Hugo Savino está configurado por escritores, a diferencia de los que lee Luisa, que jamás han sido aceptados en la exclusiva mesa de novedades. Es una diferencia sin importancia. Que la anécdota de Luisa y Hugo Savino la haya leído en más de una ocasión, con distintos matices, lo demuestra. Hugo Savino me recuerda al escritor Néstor Sánchez cuando decía que leía, con igual pasión y disciplina, a los escritores que admiraba y a los escritores que le resultaban indiferentes. Hay que saber lo que uno quiere y no quiere para su escritura, decía Néstor Sánchez. Cuando leyó a Mark Boal, Kathryn Bigelow tenía siete películas en su historial, esparcidas en casi veinte años de trabajo cinematográfico. La más popular de esas películas fue *Point Break* (1991). Su película más comercial, dicen los expertos crí-

ticos. En el mundillo del cine, como en el literario, existen insultos disfrazados de etiquetas. Algunos de esos críticos le reprocharon que abandonara las sombrías y enredadas historias para dedicarse a una película de mayor entretenimiento. Cuando dicen película comercial, quieren decir película de entretenimiento, película con mayor presupuesto. Y el problema, entre lo comercial y lo independiente, entre mesa de novedades y rincón inferior izquierdo de la estantería del fondo, es el diablo millonario a quien se le vende el proyecto. Le reprochaban, al decir película comercial, que optara por fórmulas con garantías y mayor rapidez en la narración.

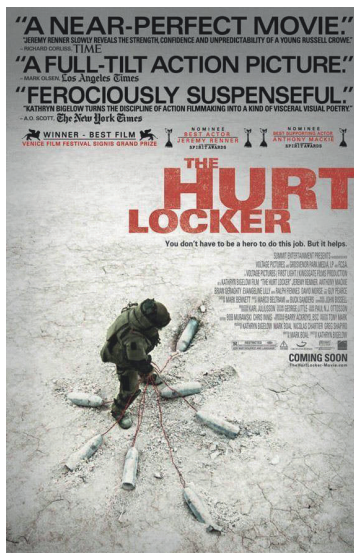
A mí la película *Point Break* (1991) me resulta muy aburrida. Y tampoco he podido encontrar consuelo en las otras seis películas anteriores a la lectura de Mark Boal. Cuando encontró a Kathryn Bigelow, Mark Boal era un periodista muy conocido en el mundillo periodístico. Sus artículos seguían la línea frágil de lo justo y lo injusto. Versaban desde el racismo, como asunto nacional, hasta las explotaciones de trabajadores de esas empresas industriales tan familiares y locales. Había escrito el artículo que luego, en colaboración, convirtió en guion. La película *In the Valley of Elah* (2007), rebosa de aburrido patriotismo. Del patriotismo sutil, del tipo hombre jubilado en busca de hijo militar, aconseja a un trabajador extranjero y latino que la gran bandera norteamericana no roce el suelo ni por un instante. Cuando se comparten los créditos de la escritura, predomina el estilo del guionista de menor talento. La falta de talento genera poder. Afortunadamente la película tuvo poco reconocimiento. Kathryn Bigelow deseaba una próxima película bélica. Y Mark Boal se iba a Irak para realizar un reportaje. La potencia de la lectura de Kathryn Bigelow más la potencia de la escritura de Mark Boal, dio como resultado *The Hurt Locker* (2008). Mark Boal hará un cambio mínimo a su labor como periodista, cortará con la tradición de películas basada en hechos reales para basarse en los testimonios de personas que estuvieron próximas a los hechos.

Basarse en un hecho real tiene como resultado la reinterpretación. Basarse en un testimonio tiene como resultado otro acontecimiento; lo sucedido ha vuelto a suceder. El personaje de *The Hurt Locker* es un militar arrogante, rebelde y desenfrenado, adicto a la adrenalina, de esos que sostienen el cigarrillo en los labios mientras vacían maletas. Un militar con tintes a estrella de rock. Por eso, un alto mando militar le pregunta cómo logra desactivar tantas bombas, con el típico tono tembloroso

• Kathryn Bigelow, lectora de Mark Boal

del adolescente fanático de film que le pregunta a su músico favorito cómo hace para escribir esas canciones. Un militar que para descansar y relajarse usa una música ruidosa y chillona. Nunca he sabido apreciar la música ruidosa y chillona, siempre la he asociado con el malestar. Esa misma música que en la segunda película en común, *Zero Dark Thirty* (2012), es usada esta vez no ya para descansar y reflexionar, sino como técnica de tortura. Mark Boal se permite usar la música más allá de la simple ambientación. En algunos momentos la música sirve para mostrar la rapidez del olvido y la tergiversación. A Kathryn Bigelow la tildaron de pro-tortura, de pro-guerra. A Mark Boal le criticaron la falta de rigor, propio de los grandes periodistas. Lo cierto es que *The Hurt Locker* puede leerse como la típica americanada, pero a mí me parece que exagerar al personaje hasta ser una estrella de rock con aires de inmortal, podría sospechar no un elogio a las cualidades de la guerra tanto como un elogio a la adrenalina.

Imagen 1. Fotograma de la película *The Hurt Locker*



Fuente. FILMAFFINITY.COM.

A pesar de estar al límite de la muerte, salvar personas es un efecto colateral, no central. Tampoco considero que *Zero Dark Thirty* sea un manifiesto a favor de la tortura. Mark Boal y Kathryn Bigelow se permiten dejar demasiado tiempo en cuadro al hombre sucio, semidesnudo, humillado, aplastado por esa música ruidosa y chillona, como para que conserves de esa secuencia un voto a

favor de la eficacia de la tortura. Y está la elección de fondo del discurso del presidente en el justo momento donde asegura que se acabaron las torturas. Si no eras previamente un pro-tortura, difícilmente esquivas la repulsión y la indignación. Para mí *Detroit* (2017) es la mejor de las tres películas que han realizado juntos. Quizá porque en lugar de una música chillona y ruidosa, esta vez aparece la canción *I Want To Talk About You*, de John Coltrane. John Coltrane acababa de morir y los personajes de raza negra entraban en una breve discusión sobre cómo y por qué murió. Ni siquiera ellos, personajes cercanos a la muerte del músico, se ponen de acuerdo. Si uno lo piensa detenidamente, es una especie de guiño a la trama central de la película. Quienes pretenden descifrar lo que sucedió, lo hacen cincuenta años después. No sé si Mark Boal está al tanto de *OuLiPo*, aquel grupo literario francés. Pero lo cierto es que el recurso literario que utiliza para sus guiones me recuerda mucho a ese grupo de escritores de los 60's. En *Detroit* usa continuamente ciertas palabras como hogar y libertad. Con ellas dirige la trama y los diálogos. Se niega a perderse en discusiones filosóficas sobre el racismo o la violencia. Le pone un límite a su escritura. Y todo se mueve a partir de ese límite.

A pesar de esa increíble escena donde el suelo del pasillo de la comisaría de policía está lleno de hombres negros encadenados mientras hombres blancos, con pistola y uniformados, entran y salen, y a pesar de la cercanía a otros tiempos de mítica esclavitud, Mark Boal trasciende la típica frontera y polémica del color para centrarse en el racismo que triunfa, que triunfó aquel verano del 67. Más allá del triunfo del racismo, nadie sabe con exactitud lo que pasó en el interior de aquella casa-hotel. Pero lo que pasó, según el oído de Mark Boal, es de una fuerza que bien merece ser escuchada, aunque ocupe uno de los lugares centrales de la mesa de novedades.